



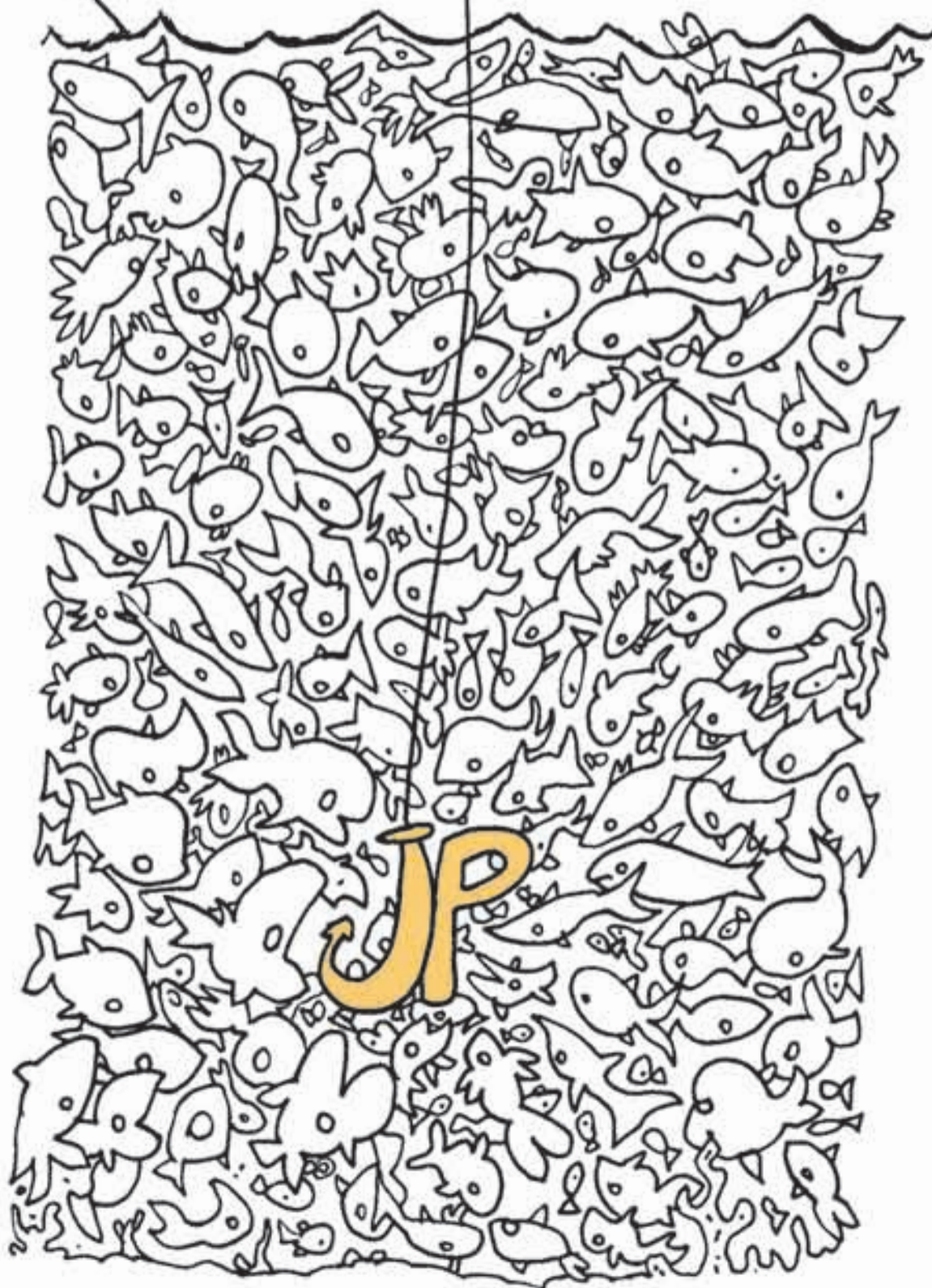
José Pablo Feinmann

smo

125 “La más maravillosa música” (II)

Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina



R3P

Aires. ¡El matón Navarro y el libertador de pueblos! Los fachos tenían un caradurismo único. ¿Perón no sabía nada de esto? Imposible. Dejó hacer. Mandó al muere a peronistas que le habían sido fieles como Obregón Cano y Atilio López. Que quedara claro: sería inflexible. Le importarían poco las formas democráticas. Tanto, que no repuso en sus puestos a Obregón y López. Lo mandó a Córdoba a su ministro del Interior Benito Llambí, que puso a las autoridades más convenientes a la escalada derechista de Perón.

Durante esos días seguían los atentados de los grupos de derecha a los locales de la Jotapé. Y también los asesinatos. Se produce el increíble episodio de Ana Guzzetti. Perón —estaba claro— se creía Dios. Se creía impune. Cualquiera cosa le era posible. Durante esos días —antes del *navarrazo*—, Perón, vestido con ese traje blanco que parecía agraderle bastante, ofrece una conferencia porque el tema de los parapoliciales de derecha estaba en boca de todos. Estamos en el 8 de febrero de 1974. La periodista Ana Guzzetti, del diario *El Mundo*, dominado por el ERP, se identifica y, respetuosamente, le dice:

—Señor Presidente, en el transcurso de dos semanas hubo exactamente 25 unidades básicas voladas, doce militantes muertos y ayer se descubrió al asesino de un fotógrafo. Evidentemente todo está hecho por grupos parapoliciales de ultraderecha.

Perón enciende un cigarrillo. Suspense. El aire súbitamente helado se corta con una gillete. Perón —diría: a lo Trujillo, y perdón pero es así— responde:

—¿Usted se hace responsable de lo que dice? Eso de parapoliciales lo tiene que probar. —Se dirige a su edecán—: Tomen los datos necesarios para que el ministro de Justicia inicie la causa contra esta señorita.

Ana Guzzetti, con un coraje superlativo, no se echa atrás:

—Quiero saber qué medidas va a tomar el gobierno contra todos estos atentados fascistas.

Perón no puede creer que alguien (y una mujer!) lo esté desafiando así. Responde:

—Las que se están tomando. Estos son asuntos policiales que están provocados por la ultraizquierda, que son ustedes. —Al decir esto señala a Ana con su dedo olímpico—. Y la ultraderecha, que son los otros. De modo que arreglense entre ustedes; la policía procederá y la Justicia también. Indudablemente que el Poder Ejecutivo lo único que puede hacer es detenerlos a ustedes y entregarlos a la Justicia. A ustedes y a los otros. Lo que nosotros queremos es paz, y lo que ustedes no quieren es paz.

Ana, con admirable obstinación y valentía, todavía dice:

—Le aclaro que soy militante peronista desde hace trece años.

Perón se pone en pie. Da por terminada la conferencia de prensa. Pero antes, entre irónico y desdeñoso, le ha dicho a Ana:

—¡Hombre, lo disimula muy bien!

¡Por lo menos debió haberle dicho “mujer”! No mucho tiempo después intentan secuestrar a Ana. Ella grita con todas sus fuerzas:

—¡Soy Ana Guzzetti! ¡Me están secuestrando!

Y eso la salva. Ana, te atreviste a desafiar Dios. A decirle que estaban amasijando a toda la juventud peronista —que, hasta el momento, no respondía— en medio de su gobierno supuestamente “popular y democrático”. Dios enfureció y te arrojó a las fieras. Te salvaste de milagro. Querida amiga, no voy a confundirte con un hombre como el General. Porque pocos hombres habrían tenido tu coraje. Siempre me sorprendió la militancia peronista que Ana le tira a la cara al General. Él, que es el jefe histórico y absoluto del movimiento que —además— lleva su nombre, tiene que escuchar de labios de esta joven que ella no deja de considerarse peronista por disentir con él. Eso que —en rigor— Ana le está diciendo es: “Usted me trata como una ultraizquierdista. Pero se equivoca. Yo soy peronista y es como peronista que le hago este reclamo: están matando a nuestra gente. A jóvenes que también son peronistas. Yo llevo trece años siéndolo. Y aunque usted me empuje

a la ultraizquierda voy a seguir siendo lo que soy. Peronista, General. Porque, por más que usted, que es Perón, me lo niegue, yo soy peronista”. Habría sido formidable una respuesta suya al irónico “¡Hombre, lo disimula muy bien!” que le arroja Perón en el momento en que le da la espalda para irse. Podría haberlo paralizado diciéndole:

—¡Hombre, usted también!

O más prudentemente y ya no tan imposible:

—Disculpe, General, pero usted también.

¿Quiénes son los idiotas que dicen todavía que las mujeres vienen al mundo a criar hijos y mantener ordenado el hogar? Salud, Ana Guzzetti. No le dijo esa frase final a Perón, pero su firmeza y la especial firmeza con que le ratificó su propia identidad, que consistía en adherir desde hacía trece años al movimiento que él conducía (algo que no le imposibilitaba decirle la verdad), marcan un momento histórico. Un peronista, desde su identidad peronista, disienta públicamente con Perón. Insólito en un movimiento que se había relacionado con su líder por medio de la adulación o del directo endiosamiento.

PERÓN Y GELBARD ROMPEN EL BLOQUEO A CUBA

Perón toma, durante su tercera presidencia, una decisión acaso sorprendente pero acertadísima y encuadrada dentro de las tradiciones del movimiento. La CGE había nacido en los '50. Ahora, en los '70, lo pone a Gelbard de ministro de Economía. El supuesto protector de nazis “por pura ideología”, el milico sobre el que algunos dejan caer sospechas de antisemitismo, pone a un judío a su lado. El furioso anticomunista, el que se encuentra con Pinochet y le tiene de su mano, deposita en manos de un comunista un ministerio tan esencial como lo es el de Economía. Más aún: Perón, por mediación de Gelbard, rompe el bloqueo a Cuba.

Jorge Obeid, peroncho de pura cepa, cuenta la siguiente historia: “Recuerdo que en la última entrevista que tuve con el general Perón, en la Quinta de Olivos a principios de 1974, cuando deslicé un reproche sobre la actitud que sobre los grupos juveniles del peronismo y de la izquierda llevaban adelante sectores de la derecha peronista, el General me respondió con una sonrisa cómplice:

—*“Pero vea, m'hijo, que estamos a punto de concretar una operación con Cuba que significa romper el bloqueo a los norteamericanos. —Y luego, más serio, agregó—: Ningún país del mundo se atrevería a eso”* (José Bodes-José Andrés López, *Perón-Fidel, línea directa*, Prólogo de Jorge Obeid, Ediciones del Dragón, Buenos Aires, 2007, p. 12). Gelbard, en Cuba, traba una más que agradable relación con Fidel.

Quien, preocupado, le dice estar al tanto de los problemas que tiene con Kissinger para concretar la operación con Cuba. Gelbard le responde:

—No se preocupe, que el asunto con Kissinger es una pulseada entre judíos. (Bodes y López, ob cit., p. 138.)

Luego ofrece una conferencia de prensa en la que afirma:

—Para la Argentina no existe ningún país bloqueado, ni ha existido nunca, ni antes de 1955, ni a partir del 25 de mayo. (Bodes y Obeid, ob cit., p. 139.)

Luego el mismo Fidel acude al aeropuerto a despedirlo. Se dice que cuando Fidel hace algo así es porque todo ha salido bien. La cosa no es tan extraña como parece. Gelbard era un hombre del Partido Comunista. Los soviéticos tuvieron siempre buena relación con Castro y mala relación con las guerrillas latinoamericanas. Que fueron, más bien, tarea del Che. Castro, muchas veces, se comportó como un mariscal del Kremlin y la isla —hasta la caída del comunismo— recibió todos los meses eso que los cubanos llamaban “el cheque”. O sea, el dinero de la URSS para financiar la Revolución. Fidel era un político muy hábil y Perón confiaba en Gelbard. No era raro que la operación se diera. Aunque conllevara el riesgo de “romper el bloqueo”. También Fidel recibió al “canciller de hierro” de Galtieri, Nicanor Costa

Méndez, durante la Guerra de Malvinas. La revista *Humor* sacó un chiste memorable: Primer cuadro: un tipo en su habitación, tranquilo, leyendo. Sobre la pared un retrato del Che. Segundo cuadro: Entra la cana y se lo lleva. Tercer cuadro: Tiempo después vuelve a su casa y lo ve a Costa Méndez abrazándose con Fidel Castro. Cuarto cuadro: el tipo absorto, en blanco. No entiende un pomo.

Guevara concluye una reunión con el yanqui Herbert Matthews, del *New York Times*. Ha sido duro con él. Se le acerca el comandante Castro.

Fidel: Lo asustaste al gringo. No tendrías que haberle dicho que eras marxista.

Che: Es la verdad.

Fidel: Esa verdad nos perjudica en este momento. Por ahora sólo somos unos barbudos pintorescos que luchamos contra una dictadura incómoda.

Che: ¿Incómoda? Vamos, Fidel: sanguinaria, cruel, genocida.

Fidel: Incómoda para el Departamento de Estado.

Che: ¡Pues que se vayan dando cuenta, qué joder! No venimos a mejorarle la imagen al Departamento de Estado. Venimos...

Fidel: (Muy firme:) Sí, ya sé a qué venimos. Pero no nos conviene decirlo por ahora. El socialismo los espanta.

Che: Es que a eso venimos: a espantarlos.

Fidel: Tenemos que hacer política.

Che: ¿Y qué es hacer política? ¿No decir la verdad?

Fidel: No decir *siempre* la verdad.

Che: Esconderse, mostrarse, dar la cara, no dar la cara, decir la verdad, no decir la, sonreír sin ganas, darles la mano a los hijos de puta, abrazarse con los cretinos, hablar, callarse, decir sí sin decir sí, decir no sin decir no... ¿eso es hacer política?

Fidel: (Mirándolo fijamente. Muy convencido:) Exactamente eso.

Che: Eso no es para mí. No voy a ser buen político, Fidel.

Fidel: Entonces déjame la política a mí. Tú ocúpate de la guerra.

Che: Es que la guerra está por terminar. Ahora empieza la revolución.

Fidel: (Asiente con un gesto. Luego dice:) Y la revolución es paciencia. (Pausa.) Una larga paciencia. Tendremos que gobernar, Che. Y gobernar... no siempre es heroico. (José Pablo Feinmann, *Cuestiones con Ernesto Che Guevara*, en *Dos destinos sudamericanos*, Norma Editorial, Buenos Aires, 1999, pp. 29/30.) Notemos que, en este enfoque, Fidel guarda semejanzas con Perón. Y el Che con Evita. Se comprende que la Jotapé haya procedido a la *guevarización* de Evita.

Otro dato: en tanto Gelbard se abrazaba con Fidel y rompía el bloqueo a Cuba, el comisario Navarro barría con el gobierno constitucional de Córdoba por considerarlo zurdo, comunista, infiltrado. Y Perón dejaba hacer. No es inexplicable. Fidel respondía a la Unión Soviética. Gelbard era comunista y mantenía fluidas relaciones con el Poliburó. En cambio, los infiltrados en el peronismo eran hombres de la guerrilla, que la Unión Soviética rechazaba de plano. No había incoherencia alguna en comerciar con los razonables soviéticos de la coexistencia pacífica y su mariscal Castro y, a la vez, liquidar a los aliados de la guerrilla latinoamericana que habían tomado un camino equivocado. En cuanto a la alharaca de “romper el bloqueo” a Cuba, seguramente Gelbard lo había arreglado con Kissinger, “de judío a judío” como gustaba decir. No hay contradicciones.

El 1º de Mayo Perón convoca a la Plaza. Ya analizamos este acto. Añadiremos algunas cosas más. Y luego el asesinato de Carlos Mugica. Y luego el discurso del 12 de junio y esa maravillosa música que el General se lleva en sus oídos. Y luego la muerte de Perón. El final. Y una pregunta insidiosa: Entre el gobierno de Perón y el de Isabel-López Rega, ¿hay continuidad o ruptura?

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

**PROXIMO
DOMINGO**

Perón muere

IV Domingo 11 de abril de 2010